

En los últimos años, cuando el debate público se ha centrado en cómo resolver las dificultades escolares de niños y niñas de sectores populares, a menudo se ha hablado de la adaptación, la personalización o la individualización del aprendizaje. Varios proyectos llevados a cabo por ATD Cuarto Mundo también han buscado este enfoque para poner fin a las injusticias en el acceso al saber que sufren los niños y niñas de entornos muy pobres (véase, por ejemplo, el programa de Ang Galing en Filipinas¹). En ese sentido, desde hace algún tiempo, un grupo de niños del barrio pobre de Ventilla en Madrid, animado por ATD Cuarto Mundo, lleva a cabo acciones y proyectos originales que nos enseñan mucho: para que los niños y niñas en situación de extrema pobreza tengan un buen desarrollo, es esencial cuidar las relaciones que construyen entre ellos. El equipo de ATD Cuarto Mundo de Madrid no ha descuidado la individualización de su enfoque hacia las familias, desarrollando, por ejemplo, un apoyo muy personalizado en el aprendizaje escolar de los niños en situación de pobreza. Siempre lo ha hecho poniendo a estos niños en lazo con un grupo “Taporí²”. El grupo Taporí de Madrid se ha puesto el objetivo específico de cultivar la solidaridad entre los niños del grupo, hacia sus familias y hacia los habitantes de su barrio. Lo ha conseguido responsabilizando a cada uno de sus miembros frente a los demás y llevando a cabo una serie de reflexiones y actividades que han permitido a los niños y niñas conocerse mejor a sí mismos y tomar conciencia del medio social en el que crecen. Los diferentes logros que han conseguido nos animan a aprender de la experiencia que han adquirido sus animadoras en la creación de un espacio colectivo para niños, que sea a la vez seguro y liberador:

Es el caso, por ejemplo, del éxito de Marta, de 17 años, que hoy anima un grupo Taporí en Madrid, después de haber formado parte de él desde los 5 años. Cuando hoy reflexiona sobre su trayectoria: «Ahora me siento como una persona. Cuando vives en una familia en situación de pobreza, la gente te juzga o sientes que los demás te juzgan, y te sientes como una mierda. Y ahí, lo que Taporí y luego el grupo de jóvenes me permitieron fue sentirme una persona». También es el éxito de Paula, Raquel y Alma, que en 2019, con 10 años, tomaron la palabra en la ONU en Nueva York para denunciar las consecuencias de la pobreza en los niños.

Es el de Sandra también, que le demostró a su maestra de lo que era capaz el día en que ella también pudo hablar sobre el cuadro Guernica de Picasso, del que ya había aprendido con su grupo Taporí.

Y también de Clara, que comprende que su padre no es responsable de su situación y que tampoco debe pensar y tomar decisiones por él, para protegerlo.

¹ <https://www.atd-cuartomundo.org/ang-galing-genial/>

² La dinámica internacional Taporí reúne a niños de entre 6 y 12 años, de diferentes culturas y entornos, creando espacios que les permiten expresarse, reflexionar y actuar juntos para hacer del mundo un lugar más justo. Para más información: <https://www.atd-cuartomundo.org/juventud/taporí/>

La historia que queremos contar en estas páginas es la de estos niños que, hace unos años, no eran capaces de escuchar una instrucción o de permanecer sentados unos minutos, y que ahora son capaces de expresar con lucidez, valentía y dignidad lo que viven los niños que crecen en familias pobres, y que permanecen unidos para apoyar a aquellos y aquellas para quienes aún es difícil. Es la historia de Taporí Ventilla: un grupo de niños que aprenden a analizar lo que viven y a actuar para que su realidad cambie, jóvenes que descubren cómo canalizar su ira si logran comprenderla; padres que ven participar, por primera vez a sus hijos, en un espacio donde su voz cuenta; madres que ganan confianza en sí mismas al ver cómo sus hijos se desarrollan plenamente. Poco a poco, los niños se abren, visitan museos, debaten, crean, reivindican. Juntos, son capaces de apoyar a una familia amenazada de desahucio o de defender sus derechos.

En pocos años, el grupo Taporí Ventilla se ha convertido en mucho más que un grupo de actividades extraescolares: es un espacio de transformación. Los niños han aprendido a trabajar en equipo, a nombrar las injusticias que viven y a descubrir que no están solos y tampoco impotentes.

Sin embargo, esta historia no comenzó con un éxito. Ha sido el resultado de un proceso largo y paciente, que aún hoy sigue en marcha, lo que demuestra que ninguna acción colectiva se construye en línea recta.

Nacimiento de un grupo: Taporí Ventilla (2015-2017)

Creación del grupo de Ventilla

En 2015, cuando los y las voluntarias permanentes del equipo ATD Cuarto Mundo en Madrid decidieron poner fin a la Biblioteca de calle³ que hasta entonces animaban en el barrio de Ventilla, Mariángeles, una madre del barrio, cuyas dos hijas participaban en esta acción, tomó la iniciativa de reunir a una docena de niños de entre 6 y 7 años para crear con ellos un grupo Taporí. Para animar este grupo, Mariángeles se rodeó de otras madres y de una voluntaria, tomando como base la *Carta Taporí*, publicada cada trimestre por el equipo de Taporí International⁴. Se reunían todos los viernes de 18:00 a 20:00 horas.

Al cabo de un año, se une al grupo de animadoras Rocío, una voluntaria permanente del Movimiento, que está convencida de que los niños de este grupo son prioritarios para la acción del equipo de ATD Cuarto Mundo Madrid.

³La Biblioteca de Calle consiste en acercar los libros, el arte y otras herramientas de acceso al saber a los niños de entornos desfavorecidos y a sus familias. Esta actividad es accesible para todos, ya que se lleva a cabo en el barrio: al aire libre, en un parque, en una plaza, en un mercado, al pie de una escalera, al pie de los árboles, bajo una farola, en lugares aislados del campo o en la montaña.

⁴Cada tres meses, Taporí International publica una carta dirigida a todos los grupos Taporí del mundo: esta carta da noticias de los diferentes grupos y propone actividades relacionadas con un tema común.

Un comienzo difícil

Desde los inicios del grupo y durante un año y medio, los niños se niegan a escuchar a las animadoras. Es prácticamente imposible realizar una actividad con ellos de principio a fin. Varias madres también participan en la reunión semanal. Allí encuentran una oportunidad para reunirse y charlar entre ellas.

Rocío propone a Mariángeles tomar un tiempo para reflexionar juntas, para conocerse mejor, para ayudarla a formular sus aspiraciones para los niños y niñas del barrio y para descubrir juntas lo que cada una puede aportar al grupo y trabajar en equipo.

Su primer objetivo es encontrar una actividad que reúna a todos los niños y niñas. Dejan de intentar poner en práctica las actividades que se propone a los diferentes grupos Taporí en la carta Taporí internacional y experimentan diferentes técnicas (juegos, actividades manuales y creativas) que no funcionan. Rocío cuenta:

«No recuerdo ni un solo juego que pudiéramos hacer juntos. Siempre había alguien del grupo que se enfadaba, otro que se negaba a jugar y quería hacer otra cosa. Así que dejamos los juegos y propuse una actividad manual para Navidad, ya que estábamos en diciembre. Traje el material, algo bien pensado. Se sentaron cinco minutos y, de repente, uno dijo algo que no le gustó a otro, le rompió su trabajo, y el primero empezó a arrancarlo y a romperlo todo, y las madres se enfadaron. Durante toda la semana, era una angustia ir a Ventilla. Toda la semana, pensaba en el grupo, me preocupaba, y yo me preguntaba: ¿qué tengo que hacer esta semana para que funcione? ¿Por qué no funciona? ¿Qué es lo que no entiendo? ¿Qué es lo que no consigo hacer? Lloraba antes de ir y lloraba al volver, y repetía: «No lo voy a conseguir».

Al cabo de varios meses, gracias a la relación que ha establecido con las madres de los niños del grupo, Rocío les explica que ya no pueden venir a las actividades. En su lugar, les propone reunirse, como hacen todos los españoles, en un bar del barrio después de cada encuentro. En ese lugar, en lugar de ser en la calle, poco a poco se van convirtiendo en un grupo de amigas, «como todo el mundo». Rocío quiere conservar el momento de sociabilidad que les ofrecía el grupo Taporí, sabiendo de la importancia que es este espacio para las madres, conservando sobre todo el espacio de los niños: un espacio exclusivo, seguro y libre, donde pueden expresarse y ser escuchados sin ser juzgados. Es todo un éxito. Los momentos entre madres permiten hablar del barrio, de su búsqueda de trabajo, de las situaciones que atraviesan como mujeres y como madres, pero sobre todo crear un vínculo de amistad. También son momentos que permiten a Rocío de comprender mejor la realidad de estas mujeres, crear un vínculo sólido con ellas y **manifestar su presencia regular en el barrio y entre sus habitantes.**

Al final del segundo año de existencia del grupo, los niños participan más en las actividades propuestas. Rocío y Mariángeles vuelven a leer la *Carta Taporí* con ellos. Conocen mejor a los niños y niñas y sienten cuándo la energía del grupo no es compatible con la actividad. En ese caso, improvisan y aprenden de lo que funciona. Rocío explica:

«Los niños descubrieron que los juegos que proponíamos no los humillaban. Que no buscábamos jugar para que hubiera un ganador y unos perdedores a los que aplastar, sino que jugábamos realmente para pasar un buen rato juntos. Y nos dimos cuenta de que, en realidad, los niños no entendían las reglas del juego y que estas les asustaban, preferían decir que no querían jugar porque no querían que les señalaran».

Las animadoras aprenden a verificar que todos entienden las reglas y a no empezar hasta que estén claras para todos. Para ello, explican las reglas una primera vez, luego piden a un niño que las reformule y, a continuación, piden a otro que lo haga de nuevo. Poco a poco, los niños descubren que pueden jugar con reglas muy complejas. Rocío añade:

«Esto nos permitió también decirles que hay que escuchar para comprender ciertas cosas. Así que empezamos a hacer juegos de escucha antes de leer las Cartas Taporí: «Hoy vamos a leer la Carta Taporí. Pero antes, vamos a jugar a un juego de escucha» y reflexionamos: «¿Qué nos ha permitido este juego? ¿Qué hemos aprendido con él?», etc. Así que cuando empezábamos a leer la Carta Taporí y se interrumpían unos a otros, podíamos decir: «¿Qué hemos visto en tal juego?». Y enseguida entendían que el juego tenía un propósito...».

Del mismo modo, las animadoras se basan en juegos cooperativos para trabajar las habilidades que necesitaban para construir su grupo. Las reflexiones o creaciones del grupo siempre se construyen a partir de la puesta en común de un tiempo de trabajo individual: pero ¿cómo hacerles comprender que, si una idea personal no se toma en cuenta en la decisión o la reflexión colectiva, eso no significa que es nula? Las animadoras proponen a los niños juegos cooperativos y, a continuación, un tiempo para reflexionar y verbalizar lo que han aprendido al jugar. A continuación, se apoyan en estos aprendizajes en los momentos de animación del grupo, en los que el proceso de creación o escritura colectiva genera frustración personal, porque la idea de uno de ellos no ha sido aceptada. Entonces recordaban: «¿qué hemos aprendido jugando a tal juego?», y los niños lo aceptan mejor, y la tensión se calma.

Los tiempos de animación se programan, las animadoras introducen puntos de referencia recurrentes que organizan el desarrollo de los encuentros: cada cumpleaños se celebra con una merienda, una tarjeta y un regalo; cada encuentro se inicia con un turno de palabra llamado «cuenta tu semana», durante el cual cada uno puede contar lo que ha vivido entre los dos encuentros. Las animadoras introducen una primera regla de comunicación: durante este tiempo de conversación, no pueden responder diciendo «bien», «mal» o «normal». Deben construir una frase completa que explique lo que quieren contar. Una vez que han respondido, invitan a otro niño a responder. Si un niño o niña responde con una sola palabra, el diálogo se detiene. Con esta primera regla, comienzan a expresarse mejor, y el grupo empieza a gestionarse de una manera que anima a todos a hacerlo mejor. Rápidamente se establece una segunda regla: **cuidar de juzgarse a uno mismo, a los demás o a los padres, o de opinar sobre lo que otro comparte.**

Al año siguiente, siempre con el objetivo de trabajar la escucha y la concentración, de construir el grupo y la reciprocidad, **las animadoras añaden reglas explícitas:**

Lo que vale para un niño, vale para todo el grupo. Por ejemplo, si no hay caramelos para todos, no hay caramelos para nadie.

Que todo el mundo se vaya más contento de lo que llegó al grupo. Incluso Mariángeles y Rocío.

Las decisiones se toman colectivamente. Son formas de crear una dinámica de grupo y de ir desactivando progresivamente las resistencias de los niños, de reducir los problemas de rivalidad o celos.

Intentar llegar juntos al final de la actividad, pero sin forzar si no es el momento adecuado. Si se percibe que es así, se puede adaptar la actividad o interrumpirla y retomarla la semana siguiente. Si un niño del grupo no se integra, parece más inquieto, las animadoras pueden preguntarle qué le pasa y animarle a decirle al grupo qué es lo que le preocupa. A continuación, se dirigen al grupo y preguntan: «¿Qué podemos decirle? ¿Cómo podemos apoyarle? ¿Qué podemos hacer hoy?». A continuación, todos reflexionan juntos sobre cómo apoyarlo. El grupo Taporí es un espacio protegido que Marta recuerda así:

«Era un lugar donde sabía que me iban a apoyar. Sentía que era un espacio donde estábamos a salvo de los problemas. Incluso de los problemas de casa».

Cuando hoy le preguntamos a Marta qué le permitió seguir participando en las reuniones en los momentos más difíciles o en los momentos de conflicto dentro del grupo, Marta sonríe y dice: «¿La verdad? ¡Te va a doler, Rocío! Iba porque Rocío me obligaba. Bueno, no me obligaba... Pero insistía».

Las animadoras no utilizan amenazas de castigo ni incentivos conductistas (el palo y la zanahoria) para que los niños participen: en este sentido, la participación es siempre libre. Pero para Marta es importante decir que la insistencia de Rocío la animó a participar, por ejemplo, visitándola en su casa o llamando por teléfono a su familia para recordarle que fuera. Las animadoras no «abandonan» a los niños y les demuestran que son muy esperados e importantes para el grupo. Este aspecto del compromiso de las animadoras no es el que más fácilmente destacan (¡Marta lo sabe!), y sin embargo, es también su ambición y su gran afecto por los niños lo que las «obliga», fórmula que puede entenderse en el sentido de «lo que une a mantener un compromiso, *lo que mantiene*». Reflexionando sobre ello, Rocío añade: «Está claro que la idea de hacerles saber que se les espera, es importante. Pero también está el hecho de que a veces era realmente insoportable, a veces nos trataban mal por su enfado (por eso lo aguantaba), pero aun así, a la semana siguiente, insistíamos en que vinieran, les esperábamos de nuevo: «No pasa nada si a veces cometes un error, tú eres importante». Y lo segundo importante, cuando se comportaban así, era que no los echábamos, sino que discutíamos en grupo el hecho de que esa ira venía de algún sitio y no se debía al grupo Taporí, que había que escucharla y trabajarla.

Crear una vida en grupo

Las animadoras acompañan a los niños a **todas las salidas culturales posibles** fuera del barrio. Visitan museos y casi todas las exposiciones temporales populares (Frida Kahlo, Van Gogh, Picasso, el universo de Tim Burton...) a las que rara vez tienen acceso los niños en situación de pobreza. Como dice Mariángeles: «Les permite hablar de otras cosas, de lo que han visto y vivido. Les permite decir: «Nadie cree que lo vamos a hacer, ¡pero lo hacemos!». Por ejemplo, Sandra, una niña de 10 años, mal vista en clase y abandonada por su maestra, llega un día a la reunión semanal del grupo con una gran sonrisa y le dice a la animadora: «¿Adivina qué hemos estudiado en clase? ¡El cuadro Guernica de Picasso y yo sabía explicar el dibujo! La profesora se quedó sorprendida».

Salir a los museos también significa exponerse a la mirada del resto de la sociedad. Desde que entran, los niños son estigmatizados, por la desconfianza del personal. Un vigilante los sigue, las miradas pesan. Es en esos momentos cuando los niños pueden volverse realmente provocadores. Las animadoras se encargan de proteger a los niños del estigma manteniendo a los vigilantes a distancia, pero también esforzándose por no contenerlos demasiado, por miedo a sus posibles excesos. Elsa, voluntaria permanente que ha acompañado estas salidas, cuenta: «Respetar las normas del museo era innegociable. Por ejemplo, estaba prohibido tocar las obras. Pero los museos no prohíben correr, jugar al escondite, todo lo que hacen los niños de esa edad que no tienen los códigos para comprender que eso no se hace en un museo, porque es una regla tácita. Yo como animadora, tenía que hacer un gran esfuerzo para no estar todo el tiempo encima de ellos conteniéndolos, porque tenía miedo de que se descontrolaran. A menudo, es precisamente porque estamos demasiado encima de ellos por lo que se descontrolan, porque sienten que los estigmatizamos. Hay que aprender a dejarles hacer, a confiar en los niños». Mariángeles explica: «Si normalizamos el hecho de que puedan estar entre los demás, también normalizamos que puedan ser realmente niños. [...] No fue fácil visitar las exposiciones, quisieron echarnos de casi todas, pero no dejamos que lo hicieran. Fueron momentos tensos».

Estas visitas a exposiciones son una etapa muy importante en la construcción de la identidad del grupo: son, por supuesto, momentos de exploración y ampliación del mundo cultural de los niños, pero también son momentos de «lucha» (¡no violenta!) para afirmar su derecho a existir en la sociedad, que les dejan recuerdos memorables de las travesuras que han hecho juntos.

Fomentar la confianza, involucrar a los padres

Poco a poco se van tejiendo lazos de confianza y los niños y niñas se sienten valoradas. Las animadoras también acompañan el cambio de mirada que ellos pueden tener hacia sus padres. Por ejemplo, mientras se prepara una excursión, Clara, una niña del grupo de Ventilla, cuenta que renuncia a la salida porque su padre no podrá pagar porque no tiene el dinero. Mariángeles la anima a hablarle, apoyando a Clara para que vuelva a ubicar a su padre en su papel de progenitor. Ella cuenta:

«Le dije que se lo pidiera antes de decir que no pagaría. Porque los padres se esfuerzan por sus hijos. Si no se lo pides, no puede hacer el esfuerzo. Nunca pensé que podría decir eso y defender a otro padre. El hecho de decirle: «No es tu

responsabilidad ocuparte de tu familia, es al revés», todo eso cambia tu forma de ver las cosas. [...] Al final, no hubo excursión, pero el padre accedió a pagar. Es como un aprendizaje, intentar no quedarnos con lo que pensamos. Hay que ir un poco más allá, para ver que las cosas son diferentes, y luego cambiar nuestra mirada, eliminar tantos prejuicios y obstáculos que nos hacen pensar que no es posible, cuando en realidad sí lo es. Eso me da mucha confianza».

Las madres sienten que a sus hijos les gusta ir al grupo Taporí. Rocío las invita a contribuir a la preparación de la Universidad Popular Cuarto Mundo⁵, una acción llevada a cabo con adultos en situación de pobreza. Las madres se unen a esta preparación cuando quieren y pueden. A partir de 2017, varias de ellas participan en las reuniones plenarias de la Universidad Popular Cuarto Mundo. Pueden acudir con sus hijos. Esto empuja al equipo a buscar animadores para ofrecer a estos niños actividades en el espíritu del grupo Taporí. Esto les motiva a ellos a venir y, a su vez, hace que las madres participen en la Universidad Popular. Después de las reuniones plenarias se organiza un momento de convivencia en torno a una comida compartida, en la que los niños y las madres tienen la oportunidad de descubrirse de otra manera. Ver a sus padres participar y comprometerse transforma la forma en que los niños los perciben. Ya no son padres que siempre están “en dificultades”: los ven relacionarse con personas diferentes a las del barrio, los ven dialogar, reflexionar, contribuir, y se dan cuenta de que se les espera porque aportan algo. Dejan de ser solo «padres problemáticos».

Poco a poco, las diferentes acciones de ATD Cuarto Mundo en Madrid se van entrelazando y alimentándose mutuamente para alcanzar el mismo objetivo: cambiar la vida de los más pobres y construir un movimiento y una lucha colectiva.

Construir una dinámica colectiva a partir de los niños (2018-2021)

Surgimiento de otros grupos: crear el colectivo a partir de los individuos

En 2018, el equipo de voluntarios permanentes creó un nuevo grupo Taporí en otro barrio, San Isidro, a partir de una biblioteca de calle que llevaba cinco años funcionando allí. Participan en él niños de una comunidad gitana en situación de precariedad, en particular los de algunas familias que viven al margen de esta comunidad y no se benefician de la solidaridad del grupo. A partir de septiembre de 2020, también nace otro grupo Taporí en el barrio de Entrevías (en el distrito de Puente de Vallecas, al suroeste del centro de Madrid), en colaboración con el servicio social de la parroquia de San Carlos Borromeo. Los niños que componen este grupo son acogidos y acompañados junto con sus familias por la parroquia. La mayoría de ellos han vivido recientemente la experiencia de la migración. Para el equipo, se trata de una nueva oportunidad de aprender de niños cuyas experiencias son aún diferentes a las de Ventilla o San Isidro. A partir de 2021, en su esfuerzo por buscar a los niños más excluidos, el equipo decide explorar nuevas zonas de pobreza y se instala en el popular municipio de Parla, al suroeste de Madrid. Para ello,

⁵La Universidad Popular Cuarto Mundo es una iniciativa para el desarrollo del pensamiento y la elaboración de conocimientos empíricos para adultos en situación de extrema pobreza. Para más información: <https://www.atd-cuartomundo.org/expresion-publica/universidad-popular/>

se apoya en una animación Taporí en una clase de la escuela Rosa Luxemburgo, una vez a la semana.

Al igual que el primer grupo de Ventilla, las animadoras buscan construir su grupo a partir de las personas que lo componen. Elsa, voluntaria permanente que participó en la creación del grupo San Isidro, cuenta:

«Nos tomamos el tiempo necesario para conocer a cada niño, para luego poder trabajar con el grupo lo que aprendemos de cada uno. Para lograr este tipo de construcción de grupo, a partir de las personas, es necesario saber escuchar activamente, porque los momentos en los que los niños revelan cosas sobre las que se puede construir el grupo son muy fugaces. Para conocer a los niños, con el equipo de animadoras de Ventilla, decidimos, por ejemplo, trabajar con ellos en una presentación de su barrio, a partir de su mirada de niños. En esta ocasión, realizamos pequeñas actividades manuales que nos dieron la oportunidad de hablar mientras construíamos juntos: los niños ponían música, contaban su semana... Es en esos momentos cuando vemos cómo se establecen las dinámicas: quién da las ideas, quién toma la iniciativa, quién no se atreve a decir lo que quiere decir. Por ejemplo, uno de los niños del grupo, José, era muy tímido. Su madre me había dicho que lo acosaban en la escuela. Mi objetivo era que pudiera hablar y sentirse orgulloso de sí mismo. Mi objetivo para el grupo era que animaran a José a hablar en público. Los niños escribieron preguntas para hacer entrevistas en el barrio. Tenían que hacer las entrevistas por parejas (nosotros les asignábamos las parejas): lo puse con la niña mayor del grupo, la más dinámica, pero también la más atenta a ayudar a los demás. Así fue como José consiguió hacer una pregunta durante las entrevistas. No parece gran cosa, pero para él es mucho.

Aprendemos a conocer a los niños a través de su visión del barrio. Por ejemplo, no entrevistaron a ningún español no gitano. Es algo que tenemos en cuenta, como animadoras, para poder abordar el tema en el momento adecuado. Por ejemplo, cuando abordamos el tema de la escuela, después de la pandemia de Covid 19, les pregunté cómo se las arreglaban en la escuela con los niños españoles no gitanos, si siempre se quedaban entre ellos. José contó que los otros niños se burlaban de él. Otros dos niños del grupo dijeron que habían visto a otros niños burlarse. Fue una oportunidad para reflexionar en grupo: «¿Cómo podemos ayudarnos unos a otros en la escuela? ¿Y cómo seguimos trabajando juntos este tema de la escuela?». En la animación, hay que estar muy atento para establecer el vínculo entre lo individual y la construcción de lo colectivo».

Para Rocío, la escucha activa y el estar atentas de lo que habla Elsa son absolutamente cruciales para trabajar con niños. De sus años de animación, Rocío recuerda que la esencia de la acción con los niños consiste en «acompañar a la persona en su crecimiento. Al contrario que a los adultos, a los niños hay que acompañarlos en otro sentido, en lo global, en el sentido de una persona dentro de un colectivo. Hay que darse tiempo para conocer realmente quién es». Para Rocío, el trabajo de las animadoras consiste en crear un grupo en el que los niños puedan

encontrar apoyo y seguridad para ser ellos mismos. Por lo tanto, gran parte de su esfuerzo consiste en dejar al niño la libertad de ser y convertirse en lo que quiera, **sin que las animadoras, el grupo o incluso él mismo le asignen una identidad fija**. Ella explica:

“Trabajar con niños significa esforzarse mucho por no ponerles etiquetas. Creo que es mucho más difícil que con los adultos, porque, por ejemplo, sabes que ese te va a molestar todo el tiempo. Es difícil no relacionarse con él con esa etiqueta en la cabeza y ser capaz de animar sabiendo que lo va a hacer, pero que tú no vas a permitirle ponerle la etiqueta. Tú mismo no vas a permitir que tenga esa etiqueta, porque ya la tiene en otro sitio”.

En concreto, las animadoras ofrecen a los niños múltiples oportunidades para reflexionar juntos, creando cada vez nuevas actividades para provocar y alimentar los intercambios. Quieren darles la oportunidad **de aprender a expresar sus ideas, de experimentar el derecho a no estar de acuerdo, a pensar de forma diferente y a cambiar de opinión**.

Por ejemplo, durante la pandemia de Covid-19, al acompañar la educación a distancia de los niños Taporí, el equipo evaluó el sufrimiento relacionado con la escuela. Para comprenderlo y buscar soluciones con ellos, las animadoras proponen a los grupos momentos de trabajo, partiendo de la siguiente actividad: cada niño recibe una estrella de un color diferente al de los demás y elige un emoji que pega en el centro de su estrella para expresar la emoción principal que le despierta la escuela. Cada niño explica a los demás su emoción, y luego los demás proponen ideas, reflexiones o “soluciones” prácticas que escriben en una de las puntas de su estrella, recortan y pegan en la estrella del que habla. Las animadoras se sorprenden por la diversidad de emociones que suscita la escuela. Algunas provocan debates: una niña dice que, para ella, la escuela es alegría. Algunos se enfadan y se niegan a darle una punta de su estrella, diciendo “eres una idiota, eso no es posible. No te daremos nada, porque no tienes razón...”. Las animadoras piden al grupo que reflexione sobre la emoción de la niña y sobre lo que puede dar alegría en la escuela, como han hecho con los demás. Con dificultad consiguen que los demás niños le den sus puntas de estrella “sin comentarios”, y entonces uno de ellos añade: “Vamos, démosle porque es pequeña. Ya verán, denle tiempo, cambiará de opinión”. Esta frase entristeció mucho a las animadoras. Rocío se dijo entonces: “Vaya, ya saben que dentro de unos años pensará como ellos”. Y, efectivamente, unos años más tarde, la misma niña afirma que la escuela es una pesadilla... Rocío concluye: “Los niños ya saben leer su realidad, la conocen, aunque aún no la comprendan”.

De este ejemplo, Rocío saca importantes lecciones prácticas para la animación de un grupo de niños. Según ella, cuando se quiere proponer al grupo actividades relacionadas con lo que se aprende de los niños, hay que tener cuidado. Buscamos conocer a personas que crecen, que se construyen, que cambian. Por lo tanto, cuando se animan momentos de reflexión con ellos, hay que estar atentos: por un lado, se puede llegar a marcar a un niño en la imagen que nos hacemos de él en un momento dado (ponerle una «etiqueta»), y por otro, podríamos “lanzarnos” demasiado rápido a partir de las palabras que han dicho y desarrollar un proyecto a partir de ahí, con el riesgo de utilizar a los niños de forma inconsciente. Nuestro objetivo no es *construir proyectos a partir de los niños*, como buenos alumnos de la animación sociocultural que buscan

poner en práctica los principios de la co-construcción: nuestro objetivo es que ese niño, ahora, crezca lo mejor posible. Rocío explica:

“No hay que quedarse con las palabras de los niños y utilizarlas en beneficio propio. Es decir, hay que tomar todas las palabras de los niños, todo lo que dicen, todo lo que han podido aprender, y dejarlos, dejarlos, dejarlos, y ver cómo evolucionan, antes de tomar la decisión de que “eso es lo que quieren trabajar”. (...) Podría haber tomado una frase de un niño y haber hecho todo un proyecto en torno a ella, pero si me quedo con esas palabras, si acompaño a los niños a partir de esas palabras, entonces no tendré ni la paciencia ni el interés para aprender quién es ese niño y qué necesita. En el trabajo con niños, tal vez haya que crear, crear y crear antes de tener una experiencia de lo que se aprende de ellos. Porque, de lo contrario, los aislaremos, en cierto modo”.

Así, al igual que el grupo Taporí Ventilla, cada grupo Taporí de Madrid se toma su tiempo para formarse y crearse. La idea es permitir que todos estos niños puedan encontrarse en un momento dado.

Hablar en público

Mientras se crean otros grupos, Taporí Ventilla entra en una nueva etapa: la de hablar en público, la que se construye colectivamente. En 2019, los niños Taporí de Madrid trabajan sobre el tema de los derechos del niño con motivo del Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza, el 17 de octubre. El grupo es invitado a participar en el evento en la sede de las Naciones Unidas (ONU) en Nueva York. Tres niñas representan al grupo durante la celebración y toman la palabra ante una asamblea de funcionarios y amigos del Movimiento ATD Cuarto Mundo⁶.

Al mismo tiempo, en Madrid, sus familias y el resto del grupo siguen el evento en una pantalla gigante en una cafetería, rodeados de clientes, compartiendo con orgullo y emoción. Al trabajar colectivamente para redactar su intervención, los niños desarrollan poco a poco una conciencia de sí mismos y se dan cuenta de la importancia de reflexionar sobre lo que viven a diario, las injusticias y también la resistencia y el coraje que sus condiciones de vida les exigen a ellos y a sus familias. Para Mariángeles, esto es fundamental, el grupo ha dado un paso adelante: “El hecho de que tres niñas Taporí hablen en la ONU lo cambia todo: han construido este testimonio como grupo. Para ellas, su vida ha cambiado. Y han aprendido a contar su historia sin exponerse”. Las tres niñas se comprometieron en nombre de todo el grupo.

A partir de 2021, el equipo reúne dos veces al año a todos los grupos Taporí de Madrid para pasar un día juntos. Estos encuentros permiten a los niños conocerse, sentirse parte de un todo más grande y formarse como actores del grupo Taporí y del Movimiento ATD Cuarto Mundo.

⁶Para más información y para ver su intervención: <https://www.atd-cuartomundo.org/cuando-la-infancia-toma-la-palabra-intervencion-en-las-naciones-unidas/>

La experiencia crucial de los campamentos de verano

A partir de 2019, varios niños tienen la oportunidad de participar en campamentos de vacaciones de unos diez días organizados por el equipo de ATD Cuarto Mundo durante el verano. La invitación se dirige a los grupos Taporí y a **otros niños de otros entornos**. Para muchos niños Taporí, es la primera vez que viven una experiencia lejos de su familia y que participan en unas vacaciones colectivas. El equipo debe acompañar mucho a las madres, pero también a los niños, para que puedan participar. Muchos de ellos nunca se habrían atrevido a irse sin este acompañamiento.

Es un momento lleno de alegría, juegos y naturaleza. Es un espacio de socialización que permite a los niños integrarse entre otros que no los conocen y con los que pueden salir del papel que desempeñan en su barrio. Pero no todo es tan sencillo: los monitores deben esforzarse mucho para acompañar bien a los niños y dejarles la libertad de ser diferentes, de definir quiénes son ante personas que no conocen su día a día. Es un ejercicio de vigilancia en equipo para dejarles esa libertad, sin “soltarles”, cuando, por ejemplo, a mitad de las vacaciones, los niños se dan cuenta de que esta tiene un final. Los monitores deben estar muy atentos para acompañar a quien corre el riesgo de enfermarse o a quien podría “perder los estribos y destrozarlo todo”.

Cada día se dedican momentos a la reflexión para construir colectivamente el sentido de lo que viven los monitores (para algunos es su primera experiencia) y aquellos que ya están involucrados en las acciones de Taporí desarrollan un conocimiento más profundo de los niños.

Nacimiento de una dinámica juvenil

A partir de 2019, una cuestión preocupa al equipo de Madrid: ¿qué espacio colectivo ofrecer a los niños del grupo que están creciendo, aparte de las bandas del barrio, a veces asociadas al tráfico de drogas? El equipo decide crear un grupo de jóvenes como lugar de pertenencia positivo donde cada uno pueda encontrar su sitio. El grupo está animado por tres miembros del equipo, dos de los cuales conocieron a varios jóvenes del grupo durante un campamento de verano el año anterior. El primer año es de explorar. Poner en marcha una nueva dinámica es una ardua labor. Las adolescentes dejan atrás la infancia y los puntos de referencia del grupo Taporí (animadoras, un colectivo, un ritmo y una dinámica) ya no les sirven.

Al igual que con la participación de las madres de los niños Taporí en las Universidades Populares, la creación de este grupo de jóvenes forma parte del círculo positivo de una dinámica de acción que se construye paso a paso a partir de los niños y para ellos. En este círculo positivo, las acciones se ramifican progresivamente y cada acción alimenta o incluso crea la siguiente: nuevos grupos Taporí, Universidades Populares Cuarto Mundo, campamentos de verano, grupo de jóvenes, creación y acompañamiento de nuevos compromisos.

Un reto central para la creación de una dinámica colectiva: la programación de la acción y la vida en equipo

Antes de las reuniones semanales del grupo Taporí

Cada dos meses, el equipo de animadores de todos los grupos Taporí de Madrid prepara una programación común a partir del tema de la Carta Taporí. Las animadoras identifican los objetivos comunes que deben alcanzar los niños y, a continuación, cada grupo imagina las actividades adaptadas a la realidad de su grupo de niños. Esta preparación requiere tiempo y un ajuste constante, ya que el éxito depende de muchos factores: la energía del grupo, lo que han vivido los niños, el ambiente del barrio, pero también la energía de las animadoras y animadores. La programación sirve entonces como marco para avanzar juntos.

Después de las reuniones Taporí

Después de cada encuentro, los animadores escriben lo que han observado. Esta evaluación continua se nutre de los intercambios en equipo ampliado (con voluntarios que animan otras acciones del Movimiento, como las Universidades Populares, por ejemplo), que permiten tomar distancia. Los jóvenes animadores, implicados en varias acciones, se forman así en la programación y refuerzan la sinergia entre las actividades. La evaluación es permanente y en gran parte informal.

María, joven animadora del grupo, describe el lugar que ocupa el proceso de conocimiento — tanto personal de los niños y jóvenes, como de la experiencia de la extrema pobreza y de la acción para ponerle fin— en este proceso de articulación de las acciones entre sí:

“El sentido de la acción llevada a cabo por el Movimiento ATD Cuarto Mundo proviene del hecho de que se construye un conocimiento en equipo. [...] A menudo, varios miembros del equipo actúan con toda la familia. En el equipo [ampliado], es el lugar donde se comparte el conocimiento. Este conocimiento nos permite conectar todas las acciones, y es ahí donde encuentras un sentido más completo de lo que vives”.

La vida en equipo y el conocimiento que se cultiva en ella son el núcleo del enfoque de acción colectiva: par construir una acción que no aísla a los niños, sino que, por el contrario, busca involucrar a los padres y a los adultos del entorno cercano.

Los niños Taporí, protagonistas de su vida y del Movimiento ATD Cuarto Mundo (2021-2022)

El crecimiento y la diversificación de las acciones que han tenido como punto de partida el grupo Taporí es un círculo positivo, ya que permite a los niños del grupo conocer a otros: otros niños, luego otros jóvenes de diferentes barrios y entornos, en España, pero también en otros lugares de Europa, adultos de las Universidades Populares. Al abrirse así, al reconocerse entre sus pares, al aprender a reflexionar con otros y al experimentar otros hábitos de vida, las niñas y niños aprenden a conocerse mejor y, por lo tanto, a tomar mejor el control de su vida, tanto individual como colectiva.

Recuperar el control de su vida comprendiendo profundamente las injusticias y el significado de su ira

Cuando a Marta se le pide que comparta un momento especialmente importante para ella en Taporí, ella cuenta un momento de toma de conciencia, durante un encuentro para conocer a los grupos Taporí de Suiza. Durante esa estancia, los jóvenes españoles no podían fumar. Ella y otro joven no pudieron soportar la impotencia de no tener cigarrillos, se pelearon y arruinaron el encuentro. Marta cuenta que “fue como si me diera cuenta. Me dije: “¡Joder!, estamos pasando un buen rato de viaje, con la gente que queremos a nuestro alrededor, ¿y lo estamos echando a perder todo, por un cigarrillo? ¡Estamos locos (...) Joder, Marta, si te peleas con él, si te peleas con no sé quién, siempre estarás mal con alguien, cambia y ya está”.

Según Rocío, Marta entiende que lo que vive o ha vivido le quita la capacidad de disfrutar y que solo le queda la capacidad de destruirlo todo cuando hay inseguridad. El hecho de estar en un grupo (Taporí y Jóvenes) y tener muchas discusiones, a veces disputas, en un clima de confianza permite a los jóvenes comprender que deben resolver sus conflictos de otra manera que no sea la violencia.

A lo largo de sus años de participación en el grupo Taporí y en el grupo de jóvenes, Marta se ha dado cuenta de que no es la única que vive esta situación de gran pobreza:

“Descubrir que no es solo nuestro barrio... Cuando eres niño, piensas que tu barrio no vale nada, que es el peor lugar del mundo. Pero al participar en ATD, descubres que hay barrios donde la gente vive lo mismo que tú. Descubrir que en todo el mundo hay barrios como el tuyo cambia tu forma de ver tu propio barrio y empiezas a ver a las personas que viven en él de otra manera, diciéndote: “¿No puede ser culpa nuestra si se reproduce en todas partes?”. Debo y puedo cambiar mi forma de ser y de actuar para que esto se cambie en el futuro. Mi madre debe estar orgullosa de mí y yo estoy orgullosa de mi madre. Quiero poder decirle ahora que no tiene que sufrir económicamente ni socialmente, yo me encargo de ello”.

Aprender juntos a transformar la ira destructiva en una lucha colectiva serena

La acción de Taporí en Madrid tiene una dimensión de aprendizaje de la lucha. Maríangeles explica cómo se construyó y transmitió este conocimiento de la lucha en el grupo de Ventilla:

“En Taporí nos hemos vuelto muy rebeldes y reivindicativos. Hemos dado a conocer la Carta Social Europea en el barrio. Cada vez que se trataba el tema del salario mínimo o una familia estaba amenazada de desahucio, hacíamos pancartas. Cada vez que una madre tenía un problema, elaborábamos un plan de reivindicaciones. La lucha, estar en una lucha, y cuando [los niños] venían [al grupo] con agresividad, [*intentábamos hacerles comprender que*] “es una rabia que tenéis por vuestra impotencia y debéis trabajar en ello, pero la lucha es otra cosa, la lucha debe ser serena”.

Participar en investigaciones del Movimiento en España para comprender su entorno de origen.

En 2021, en el marco de una investigación realizada en Cruce de Saberes⁷ sobre la herencia de la pobreza extrema y las claves para poner fin a su reproducción⁸, los niños y niñas de los grupos Taporí reflexionan sobre la herencia transmitida por la familia, en sus aspectos positivos y negativos, y sobre cómo este les moldea en su relación consigo mismo y con el mundo. Para enseñarles a reflexionar sobre su experiencia y a «leer su realidad», el equipo de animadores se esfuerza por evitar que la discusión se vuelva abstracta y general. Rocío explica cómo:

“Le pides su opinión a un niño, pero delimitas el campo de respuesta. [Si empieza a dar una opinión sobre cosas que no conoce por experiencia propia], le dices: “No, espera. ¿De qué estamos hablando? ¿Qué dirían tus amigos, tu familia o tus compañeros de clase? Tenemos que acostumbrarnos a hablar de lo que conocemos, porque ahí es donde puedes cambiar las cosas. Si está lejos, no puedes hacer nada”. Es decir, les obligas a reflexionar sobre cualquier opinión a partir de su entorno o de los lugares que frecuentan. Y eso les hace pensar en lo que viven.

El trabajo de reflexión colectiva guiada permite, poco a poco, introducir a los niños en la lucha del Movimiento ATD Cuarto Mundo contra la extrema pobreza y hacerles tomar conciencia de la mirada que la sociedad tiene sobre ellos.

Rocío explica: “Si pensamos que los niños pueden ser los constructores del Movimiento, hay que prepararlos para ello: que comprendan la investigación de ATD, que comprendan las injusticias y que aprendan a leer su realidad. Y que aprendan que esta realidad no es aislada, que pertenece a una sociedad que los mira. En Taporí, trabajamos el hecho de estar con otros, la identidad, la escucha, la expresión: tener una opinión, decir que no estamos de acuerdo, expresar nuestras emociones y nuestra ira. Pero esto se hace en relación con las familias: la invitación de ATD es colectiva, con otros: nunca aislamos a los niños y a sus padres con sus problemas. Nos abrimos al colectivo.

El equipo tiene como objetivo concienciar a los niños y jóvenes de que son responsables unos de otros y de que ya son capaces de llevar una vida satisfactoria en grupo. Como nueva creación, el colectivo es más que la suma de sus miembros, quienes, mientras dura, se liberan en parte de lo que les agobia.

Es el punto de partida del poder de actuar y de la liberación. La solidaridad consciente que se genera entre los jóvenes es el resultado de la paciencia con la que se ha construido este colectivo. Una fuente de la que sacar impulso y fuerza para construir libremente sus vidas, como dice Marta:

“Formamos un grupo y nos queremos. Confiamos los unos en los otros. Somos una familia”.

⁷Para más información sobre la metodología del Cruce de saberes y de prácticas desarrollada por el Movimiento ATD Cuarto Mundo: <https://www.atd-cuartomundo.org/que-hacemos/pensar-y-actuar-juntos/cruce-de-saberes/>.

⁸Para más información: <https://atdcuartomundo.es/2024/03/14/romper-con-la-herencia-de-la-extrema-pobreza/>.